

Este no es el camino: reflexiones sobre “Etnicidad y violencia etarra”

PAU PÉREZ-SALES

Centro de Recursos en Salud Mental y Derechos Humanos



Resumen

Se plantea el rol de la Universidad en general y la Psicología Social como disciplina académica en el marco de un tema de tanta carga emocional e ideológica como el que plantea el autor, como un camino basado en (a) razonamientos fundamentados (b) datos de carácter empírico basados en metodologías contrastadas (c) aproximación respetuosa a todas las voces y actores (d) creación de consenso y puentes de diálogo y entendimiento. En estos aspectos es donde la academia como espacio de investigación y reflexión encuentra su razón de ser. Ninguno de estos requisitos parece cumplirse en el caso del artículo que se comenta.

Palabras clave: Estereotipos, España, Euskadi, etnicidad, violencia.

This is not the way: Some thoughts on “Ethnicity and ETA’s violence”

Abstract

The role of the University, generally speaking, as well as the role of Social Psychology as an academic discipline, vis-à-vis highly emotionally and ideologically loaded issues, such as the one posed by the author, are addressed, suggesting that, in dealing with this kind of issues, a particular way of acting should be followed based on a) a sound reasoning, b) a set of solid empirical data meeting accepted methodological criteria, c) showing respect and deference to all actors and voices, and d) making sincere attempts to create ways of mutual understanding and to build bridges between the conflicting parties. I assume it is in this way of acting where the Academy finds its justification for existence as a space of research and thought. Unfortunately, none of the four mentioned characteristics seems to be present in the paper which is commented.

Keywords: Ethnicity, Euskadi, Spain, stereotypes, violence.

Correspondencia con el autor: Dr. Pau Pérez Sales, Coordinador. Grupo de Accion Comunitaria. Centro de Recursos en Salud Mental y Derechos Humanos. Plaza Mayor 38. Perales del Río. Madrid 28909. E-mail. pauperez@arrakis.es

Estuve inicialmente tentado de declinar la invitación de esta revista a comentar el artículo central de este dossier. En tiempos en que es necesario desmontar los discursos de la exclusión, de la polarización, de la estigmatización del otro, el texto de opinión del autor profundiza, tristísimamente, en esta línea. Y suele ser mejor no entrar a comentar este tipo de exégesis políticas, para evitar, siguiendo, infaliblemente, la misma lógica que se critica, ser considerado de “los otros”. Tan simplista es la cosa.

El texto del autor no aporta datos de trabajos, de encuestas sociológicas, argumentaciones basadas en una elaboración. Aporta opiniones.

Esta etapa de la reflexión sobre Euskadi desde el mundo académico debería estar superada y en todo caso evitarse.

¿Euskadi? Ah, pero ¿existe Euskadi?

En esta línea de los discursos del blanco y negro el autor va más allá de lo que usualmente uno suele leer. En su línea argumental global, apuesta por un alucinado órdago a la mayor. Arremete contra el nacionalismo vasco simple y puramente negándolo, diciendo que no existe, que es un invento y un enorme experimento social de manipulación. Privado de su historicidad (sin mayor argumento que el parafraseo constante –hasta el 70% de las citas– de Jon Juaristi y Mikel Azurmendi, por cierto, ninguno de ellos psicólogo social) se pretende convertir (¿pervertir?) a la psicología social convirtiéndola en un lecho de Procusto capaz de generar sentimientos intensos y profundos en miles de personas con una visión meramente transversal y sincrónica. El autor intenta convencernos de que los sentimientos nacionalistas no existen, son un invento de los políticos liderados por el PNV para lograr réditos de interés personal. El cuento del Traje Nuevo del Emperador que lee mi hijo de tres años. Una enorme conspiración en la que están atrapados centenares de miles de ciegas personas, peles de estos manejos.

No se puede explicar la depresión *sólo* con el modelo de Seligman, ni, lamentablemente, parece lógico pensar que la psicología social tiene modelos que permitan defender la posibilidad de crear falsas identidades de donde no las hay como se pretende en este artículo.

Mitos. ¿Qué mitos?

Para todo ello se recurre, en un tópico que ya aburre, a citar frases tremebundas de Sabino Arana. Para ser exactos frases de 1899 y años inmediatamente posteriores.

La realidad indica que hay tantos matices del sentimiento nacionalista vasco como vascos, que existe un nacionalismo vasco que construye enemigos, como existe un nacionalismo español que vive, electoralmente, del rédito del enemigo vasco desde hace demasiados años, y al que las memeces de Sabino Arana, desde luego, le benefician mucho. Un nacionalismo español que ha exprimido tanto y de manera tan tosca y burda la gallina de los huevos de oro del enemigo vasco que ha acabado por provocar, un reciente 14 de marzo, el efecto opuesto al esperado. La realidad indica que del mismo modo que se puede desempolvar cualquier cita añeja a voluntad, podrían encontrarse citas pavorosas de José Antonio apelando al Una, Grande y Libre (por cierto bastante más modernas que la de Sabino Arana) y es francamente dudoso que la mayoría de personas que se consideran con una identidad “española” hayan leído nunca los textos fascistas de José Antonio ni suscriban sus ideas. Asumir que las palabras fascistas de Sabino Arana representan a la totalidad de los vascos con sentimiento identitario vasco es, en suma, un insulto a la inteligencia del lector.

Los nacionalistas: ¿Apolíneos o dionisíacos?

Para todo ello e imagino que parafraseando mal a Azurmendi, el autor cita entre los elementos que forman parte de la etnicidad las "características raciales", algo que repite más adelante, citando a Kelman (que, desde luego, no es antropólogo para ser citado en estas lides). Cuando la antropología abandonó la noción de raza hace más de 30 años por múltiples razones de carácter bioquímico, psicológico y cultural, cuesta entender que en un artículo de opinión sobre identidad étnica no se tenga al menos una definición adecuada de etnia de la que partir. Porque si se tuviera ésta, se vería que no sólo no tiene sentido hacer ninguna equiparación de etnia con raza (suficiente hilaridad provocó Arzallus en su día como para reproducir el mismo discurso), sino ni siquiera definir un catálogo cerrado de atributos definidos en las etnias. No existe una definición operativa, no existe un catálogo de elementos constitutivos, sino que las etnias son un modo de ver la vida y el mundo y de interactuar en él transmitidas en la infancia y la adolescencia por endoculturación y sometidas a un vaivén dinámico constante y a un proceso dialéctico de intercambio y préstamo. No hay fronteras nítidas. No hay criterios operativos. No hay elementos estáticos.

Ni hay –otro de los graves errores conceptuales del artículo de opinión que comento–, una relación determinista entre cultura e individuo. La cultura no determina al individuo como se deduce de su texto cuando una y otra vez afirma cómo son y dejan de ser los vascos nacionalistas. Los vascos nacionalistas, como cualquier ser humano, tienen múltiples identidades y están sometidos a una interacción dialéctica cultura-grupo-individuo, tomando y dejando aquello de la cultura que es consonante con su visión del mundo y de sí-mismo en el mundo. Desde los tiempos (hace más de 50 años) en que Ruth Benedict hacía etnografías sobre los pueblos y los clasificaba en apolíneos y dionisíacos y pretendía que los franceses eran de un modo y los norteamericanos del otro, creía uno que era difícil encontrar a alguien que osara volver a caer en este tipo de generalizaciones insostenibles sobre el carácter de los pueblos. Los pueblos los conforman personas, generalmente inteligentes y críticas, y ni siquiera el abuso de la psicología social puede evitar eso.

Para el autor los vascos están atrapados en un espejismo mortal constituido por mitos inexistentes que "hacen creer" (sic) a las personas determinadas cosas sobre sí mismos y su marco cultural (uno se pregunta, en su inocencia, qué son Don Pelayo y Agustina de Aragón). Da tres teorías explicativas de los movimientos étnicos nacionalistas. La primera defiende que los nacionalistas son "desadaptados" con "anomia y resentimiento hacia la sociedad moderna" (será que lo moderno es el individualismo, la desagregación social), a no ser, según el autor, que se viva en Palestina (no está mal aceptar la legitimidad de los nacionalismos ajenos cuanto más lejos de casa estén). La segunda que son resentidos y envidiosos, por pobres. Una vez más, a no ser que vivan en Palestina. Y la tercera es que son imbéciles y carne de manipulación política, en una visión de una Euskadi similar al 1984 de George Orwell. Seres ciegos, controlados sus cerebros por el gran hermano PNV.

Entre desadaptados, resentidos o imbéciles, el autor opta personalmente, y de manera generosa, por considerarlos lo tercero.

Todo ello lleva, en las páginas siguientes, a mal hilvanar una demonización de la cultura, y sin ni un solo dato que le avale escribir: "la Política ES vivida en la sociedad vasca de la siguiente manera (sic) " para, a continuación, pasar a construir psicología social en estado puro: sin un dato ni evidencia.

Mientras que en muchos momentos de su texto engloba bajo la misma opinión a todos los vascos con sentimiento identitario nacionalista, en otros afirma

que “constituyen, en términos absolutos, un porcentaje minoritario de la población vasca”. Juega con la identificación terrorismo-nacionalismo y tantos otros tópicos de la manipulación política contemporánea, más propios de una columna de opinión con vocación de polarizar, enfrentar y fragmentar que de una revista científica de *Psicología Social*.

No es este el camino

Obsérvese, en suma, que mi queja y mi triste diatriba no van contra las ideas del autor, sino contra el hecho de que cae precisamente en aquello que critica. No habla de los mecanismos del nacionalismo vasco y *del nacionalismo español* que contribuyen a la generación de la polarización, la mentira institucionalizada y la creación del enemigo, la conocida tríada que Martín-Baró consideraba que definía a la sociedad en conflicto. Cae plenamente en ellos. No reconoce el derecho de las personas a sus propios sentimientos y pretende eliminar aquello que no le gusta simplemente negando su existencia. Y hace para ello equilibrios dialécticos basados en conceptos antropológicos insostenibles y en el abuso de las teorías de la psicología social, que de mecanismo potenciador, pasan a convertirse en génesis, cual espora en el vacío.

Los grupos están constituidos por personas, como afirma citando a Morales. Personas con múltiples identidades. INCLUSO personas con identidad vasca y española a la vez. La experiencia de muchos ciudadanos del país vasco puede perfectamente ser la de encontrarse, dependiendo del foro, el interlocutor, el momento o el tema, con sentimientos identitarios vascos o españoles, en mayor o menor medida. Todas las reflexiones que hacía en mi anterior artículo pretendían ayudar a entender que no hay que elegir o forzar a elegir entre identidades, sino hacer posible que cada persona asuma y viva sus múltiples identidades sin que ello (le) suponga (o le obliguen, los respectivos intereses políticos de unos y otros, a que le suponga) un conflicto.

Sí me molesta, y he de reconocerlo, que después de un texto que niega sistemáticamente al otro, se permita terminar con una cita de Carlos Martín Beristain y Darío Paez, queriendo dejar en el lector un regusto final de tolerancia. Los cita para decir que es necesario reconocer el sufrimiento del otro, demostrando con ello que ha leído la contraportada del magnífico libro de estos dos autores. Porque si lo hubiera leído entero (un libro, por cierto, repleto hasta la saciedad de datos, estadísticas minuciosas y concienzudas y análisis y tablas comparativas dejando al lector que saque sus conclusiones), vería que su mensaje es reconocer el sufrimiento del otro *como primer paso para reconocer al otro*, alguien con sus deseos, anhelos e inquietudes. No una bestia nacionalista, ni una bestia no nacionalista, sino otro ser humano.

Algo de lo que el artículo del autor, tristemente, insisto, carece por completo.

Deberíamos estar, ya, en otra etapa. Este trabajo pudo tener sentido hace muchos años, en el paleolítico de la reflexión sobre el problema vasco. Llega tarde, desenfocado y mal. No contribuye a explicar nada, sino a la descalificación vacua. Y en tiempos en que hay que caminar hacia el diálogo y hacia la unidad, a los consensos, a llevar el debate basado en evidencias a todos los rincones de la sociedad usurpando a los políticos el arrogarse el derecho a ser los únicos interlocutores válidos para que la sociedad –generalmente mucho más cohesionada y consensuada de lo que quieren hacernos ver los políticos– pueda actuar como elemento de sentido común y desmontar el discurso de la polarización creado desde el partidismo de los unos y los otros.

La Universidad, en este sentido, debe ser la casa de la concordia, el diálogo sosegado y basado en evidencias. Porque sólo los datos pueden hacer callar al

maniqueísmo, desmontar la polarización y contrarrestar la manipulación política y la crispación interesada. Una lección que, vuelvo a recordarlo, nos diera Martín Baró hace casi 20 años con sus fascinantes estudios sociológicos hechos desde la precariedad de la Universidad Centroamericana para buscar una lógica al conflicto salvadoreño y al papel de la población en él.

Esa es la responsabilidad de la Universidad. Ni más, ni menos. Ser la casa de la palabra, del encuentro y de la objetividad y el rigor. La casa de todos.

Me temo que el del autor no es el camino.